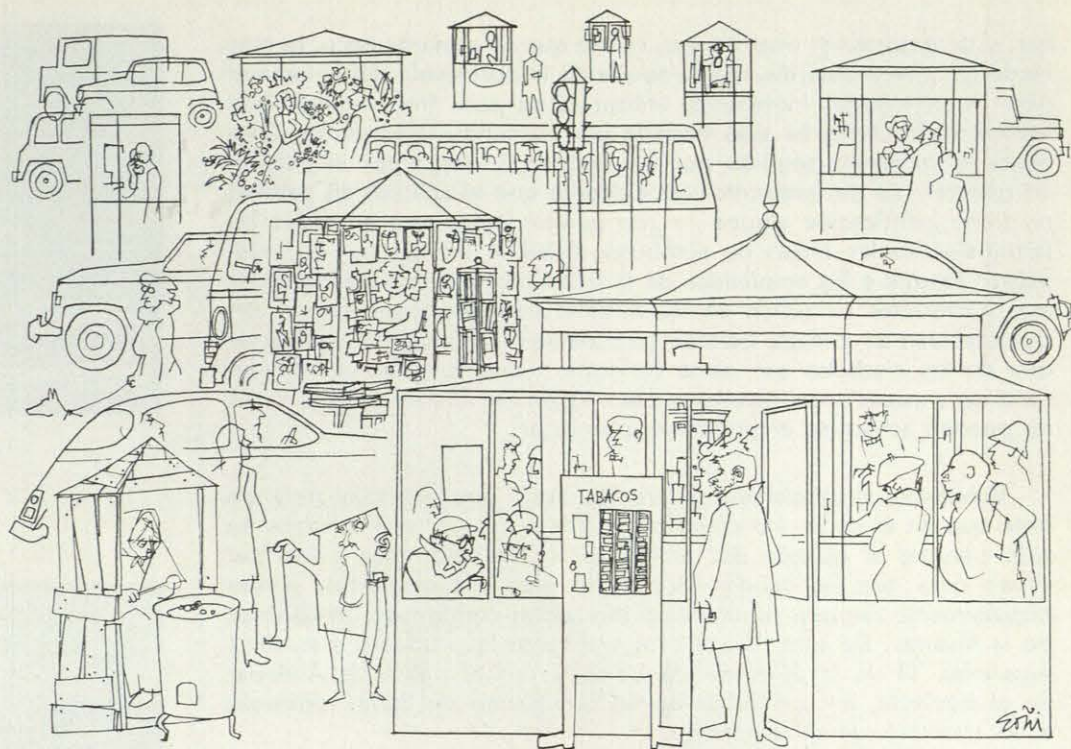




QUIOSCOS

Resulta curioso este afán contemporáneo de las ciudades por adjetivarse con un *slogan*, temerosas de que su nombre sólo, en esta época publicitaria, no sea lo suficientemente atractivo e importante.

Avila, según dicen, es, entre otras cosas, "la ciudad más amurallada del mundo"; La Coruña, "la ciudad donde nadie es forastero"; Cádiz, "tacita de plata"; Teruel, "la ciudad de los amantes"; Burgos, "cabeza de Castilla"; Salamanca, "joya del plateresco"; Barcelona, "ciudad de Ferias y Congresos". ¿Se me permite que proponga el que, a mi juicio, podría valer perfectamente para Madrid?: Madrid, "la de los quioscos mil".

Si bien es cierto que únicamente en las jaulas de la Casa de Fieras de El Retiro hay osos en Madrid; en cambio, lejanos ya aquellos tiempos en que se cuidaba con mimo el de los jardines de la Escuela de Ingenieros Industriales, el único de relativo porte existente entonces en la Villa, los madroños hoy abundan en el paseo del Prado, formando bosquetes y, alineados en la Castellana, medrando bien en ambos lugares. En los Parques y Jardines madrileños se han plantado gran cantidad de ejemplares del heráldico arbusto.

Pues bien, lo afirmo con seguridad de no equivocarme: no son comparables las cifras que miden los madroños y los quioscos. Es muy superior el número de estos últimos. ¿La ciudad del quiosco y el madroño? Es muy posible.

La sensación del gran número de quioscos que nos dan las calles madrileñas procede, evidentemente, de la comparación con otras ciudades. Es un "invariante castizo"—y que me perdone Chueca—de la de Madrid.

Cada vez estoy más convencido de ello. Y más en verano, cuando al quiosco permanentemente se une el eventual o de temporada. Propongo a mis lectores que realicen las siguientes experiencias: circulando en automóvil, por cualquier zona de Madrid, cronometrar el tiempo que permanecemos sin ver un quiosco. Casi siempre se medirá en segundos. Otra: en las mismas condiciones contar hasta 25 quioscos diferentes. No debe llegarse nunca a los cinco minutos. ¿Qué nos confirma el resultado de estas divertidas experiencias? La abundancia de los mencionados quioscos en las calles de la Villa, a los que voy a dedicar hoy mi comentario.

Pero, para empezar, ¿qué es un quiosco? Acudamos, como otras veces, en busca de ayuda al *Diccionario*. Leemos, en la K: "Kiosco, m. Véase Quiosco." Nos vamos a la Q, y leemos: "Quiosco, fr, Kiosque; it. Chiosco; i y a, Kiosk. (Del persa *cuxc*, pronunciado por los turcos *quiox*, pabellón) m. Temple o pabellón de estilo oriental y generalmente abierto por todos lados que se construye en azoteas, jardines, etc., para descansar, tomar el fresco, recrear la vista y otros usos // Pabellón o edificio pequeño y generalmente circular u ochavado, que se construye en plazas u otros parajes públicos, para vender periódicos, fósforos, flores y otros artículos de poco precio. // DE NECESIDAD. Retrete público." Antes de seguir adelante, conviene aclarar que el *Diccionario* que manejo está editado en el año 1957. La fecha de su redacción la desconecemos, aunque, con mucho fundamento, la sospechamos.

De los quioscos que vamos a hablar son de los que se engloban en la segunda acep-

ción; pero antes nos vamos a permitir unos breves comentarios que nos salen al paso sobre los otros dos y la totalidad del texto del *Diccionario*.

Comprendemos lo del estilo oriental por el origen persa del vocablo; ahora bien: no encontramos tan claro el que se pueda poner un etcétera detrás de dos cosas tan poco afines como un jardín y una azotea. Sería divertido hacer la prueba entre varios amigos y ver con qué palabra terciaba cada uno. Muy posiblemente no surgirían repeticiones. ¿Y de los "otros usos"?... Porque descansar, tomar el fresco y recrear la vista, en estos tiempos, más que un uso puede considerarse un abuso; eso sí, típicamente oriental.

Los llamados "de necesidad", como su nombre lo indica tan acertadamente, son muy necesarios en las ciudades. Aquí, en la nuestra, brillan por su ausencia, física y lingüísticamente. Se les llama, todos lo sabemos, evacuatorios. Propongo volver a la tradición y denominarlos quioscos de necesidad, apelativo mucho más eufónico y agradable. ¿Quioscos de necesidad, subterráneos y de superficie? Bueno, no está nada mal. En Madrid hay muy pocos quioscos, paradójicamente, de este tipo. Yo aún los recuerdo, aquellos de hierro fundido, exentos, pintados de color verde ceniza, que eran de utilización múltiple y simultánea. En este terreno han debido de primar unas ideas exquisitas que en otros brillan por su ausencia, y los quioscos de necesidad de superficie desaparecieron del paisaje urbano madrileño. Los subterráneos son pocos, y los vecinos resuelven el problema que representa su falta en grandes zonas de la ciudad, de distintas formas más o menos ingeniosas. La clásica de entrar en un

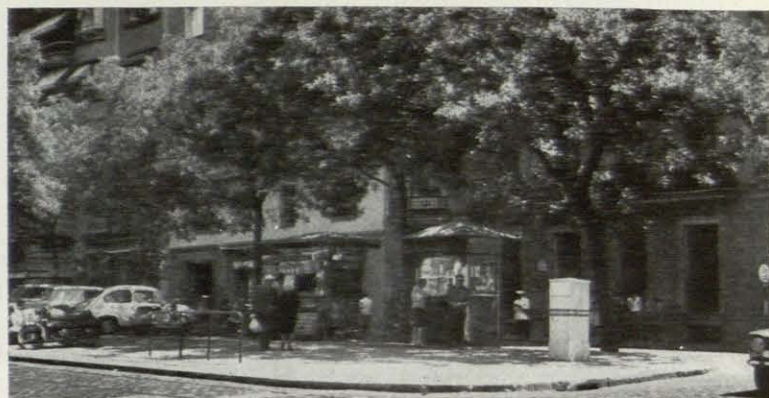
bar, y de paso tomar una cerveza, con lo que se adelanta poco. La más moderna y recusable de, con la ayuda de la portezuela del automóvil para evitar miradas indiscretas, utilizar calles poco frecuentadas. Este vergonzoso sistema ha sido iniciado por los conductores de los autobuses municipales, seguido por los taxistas, y luego por el público en general. Yo me pregunto—es evidente que el público en general no tiene justificación alguna—: ¿no parece lógico que en todas las terminales de las líneas de autobuses existiese un quiosco de necesidad? Porque a los empleados de la E.M.T. no tenemos más remedio que justificarles su acción en las actuales penosas circunstancias con que efectúan su jornada laboral. Terminamos recalcando lo necesarios que en las ciudades son estos servicios y que su falta únicamente conduce a actuaciones inciviles y poco higiénicas que en muchos casos no pueden achacarse enteramente a su autor.

Volviendo al *Diccionario* queremos decir que echamos muy en falta que en él no se mencione para nada a lo que para nosotros ha sido siempre el quiosco por antonomasia. Nos referimos a los que sirven para que las Bandas Municipales den sus conciertos, y que popularmente siempre se han conocido con el nombre de "el Quiosco de la Música". De este tipo hay en casi todas las ciudades y pueblos españoles. El de la Alameda de Valencia; en el paseo de Almería; en el Boulevard, en San Sebastián; el curiosísimo de Soria, rodeando a un soberbio ejemplar arbóreo.

En los pueblos, muchas veces, tienen doble uso, ya que se aprovechan sus bajos. Así, el bellissimo de Briviesca, sobre una fuente. Los de los pueblos canarios, éstos de madera, con trabajo muy cerca de la ebanistería y generalmente con bar en su planta baja.

Aquí en Madrid, desaparecido el del Parque del Ceste, queda el del Retiro como ejemplar único. En él, la Banda que hace tiempo organizó el maestro Villa, sigue dando sus conciertos dominicales. Nosotros no alcanzamos a su época, sino a las más modernas de López Varela, Sorozábal, Martín Domingo, Echevarría... Nuestra Banda, la que ensaya al lado del Parque de Bomberos de la calle Imperial, y en la que estoy seguro formarán bastantes paisanos míos. Porque es difícil no encontrar entre el metal de cualquier agrupación musical española ningún valenciano, y concretando más, alguno natural de Liria, bien proceda de la Unión o del Clarín, tanto da. Quizá convenga explicar, a este respecto, que en dicho pueblo cambiaron la rivalidad deportiva por la musical, y en vez de discutir sobre la justicia de un penalty o la bondad de un centro retrasado, lo hacen sobre el "tempo" conque se llevó por cualquiera de las bandas mencionadas el andante de una sinfonía de Beethoven.

Pero dejemos estas disquisiciones, que si vienen al caso son un poco marginales, y veamos los quioscos que tanto abundan en las calles de nuestra ciudad. De los que sirven para la venta de artículos, aunque no sean de bajo precio. Nosotros pensamos que en las ciudades estos elementos debieran ser pocos y situados en emplazamientos singulares y específicos. Parece natural que si se pretende que los abundantes transeúntes que diariamente atraviesan la plaza de la Cibeles, es un ejemplo, puedan comprar allí un periódico o una revista, o refrescar con una cerveza o un vermut, se emplacen los correspondientes quioscos, pese a que a don César Cort no le gusten nada y afirme que dan un ambiente pueblerino al lugar. (Creemos se refiere al quiosco estéticamente y no considerado desde el punto de vista urbanístico.) Pero admitida la necesidad de proporcionar este servicio a los vecinos, los quioscos son necesarios allí. No nos imaginamos al Banco de España vecino alquilando un hueco de su planta baja para solucionar el problema. Lo que ocurre es que en lugares de la ciudad en que no son de ningún modo necesarios se han colocado, a mi juicio, equivocadamente. Porque el *Diccionario* habla de "plazas y otros parajes públicos", y no creo que pueda así considerarse las esquinas de las manzanas de un trazado viario convencional. En nuestra ciudad, sin embargo, abundan en los barrios del ensanche tradicionales, Salamanca, Argüelles, Chamberí, etc., solos o en grupo. Con más frecuencia, de esta última agrupada situación. Es fácil encon-



trar, como jugando al infantil e ingenuo pasatiempo de "las cuatro esquinas", al quiosco de periódicos, con el "de los iguales", el de helados, y el estanco.

Hablábamos de dos tipos permanentes y de temporada. Así podemos dividirlos, efectivamente. La temporada es la veraniega, época en la que se vive más al aire libre y en la calle, en nuestra ciudad.

Los quioscos permanentes, en muchos casos, son iguales en los distintos emplazamientos de la ciudad. Es corriente que exista un modelo oficial aprobado por el Ayuntamiento al que es obligatorio sujetarse. Así ocurre con los de periódicos y con los bares. Pero con mucha frecuencia ocurre que bien sea porque el modelo no está bien concebido o porque sus propietarios, por su propia iniciativa deciden ampliar su espacio vital, los vemos con añadidos y ampliaciones que si en algunos casos pueden clasificarse como ingeniosas, es difícil admitirlas desde el punto de vista estético. Los bares de planta cuadrada, con revestimiento de piedra de Colmenar y cubierta que quiere ser madrileña al recordar en su forma y materiales al chapitel, tienen adosados unos primitivos cerramientos que los rodean y los convierten en establecimientos utilizables en toda época, incluido el duro invierno madrileño. Al carecer de trastienda, la vía pública sirve para el almacenaje de las cajas, por utilizar o ya usadas, de las bebidas que no tienen sitio en el interior. No nos extraña que así suceda, pues rara es la semana que no aparece una nueva bebida gaseosa no alcohólica en nuestro mercado.

Si hay muchas bebidas, no digamos revistas y semanarios. Es cierto que el número de periódicos diarios es más bien parco. No sucede así, como decíamos, con otro tipo de publicaciones, a las que se unen la serie de enciclopedias y libros que se venden a plazos por medio de entregas semanales. Sucede entonces que también resultan pequeños los quioscos de periódicos de modelo oficial y las publicaciones se desbordan colocándose sobre cajones, sillas y otros soportes adecuados. Precisamente por estas fechas se ha presentado un nuevo modelo, más amplio y moderno, que, según leemos en la Prensa, va a ser el mejor del mundo en su clase. Prueba evidente del progreso de nuestra ciudad, ya que hasta ahora siempre se decía, en casos similares, que era el mejor de Europa. ¡Qué le vamos a hacer!

Este tipo de quiosco quizá sea el que más abunda en nuestra Villa. Conviene decir que en algunas ciudades españolas los periódicos solamente se venden en estos establecimientos en zonas singulares. En el resto de las ciudades se venden en las Papelerías y Librerías, establecimientos muy adecuados para el caso, aunque sólo fuera recordando que en lenguaje profesional, entre los vendedores del periódico, se le conoce con el nombre de "el papel". Lo cierto es que con

este sistema desaparecen de las aceras estorbos, lo que resulta plausible.

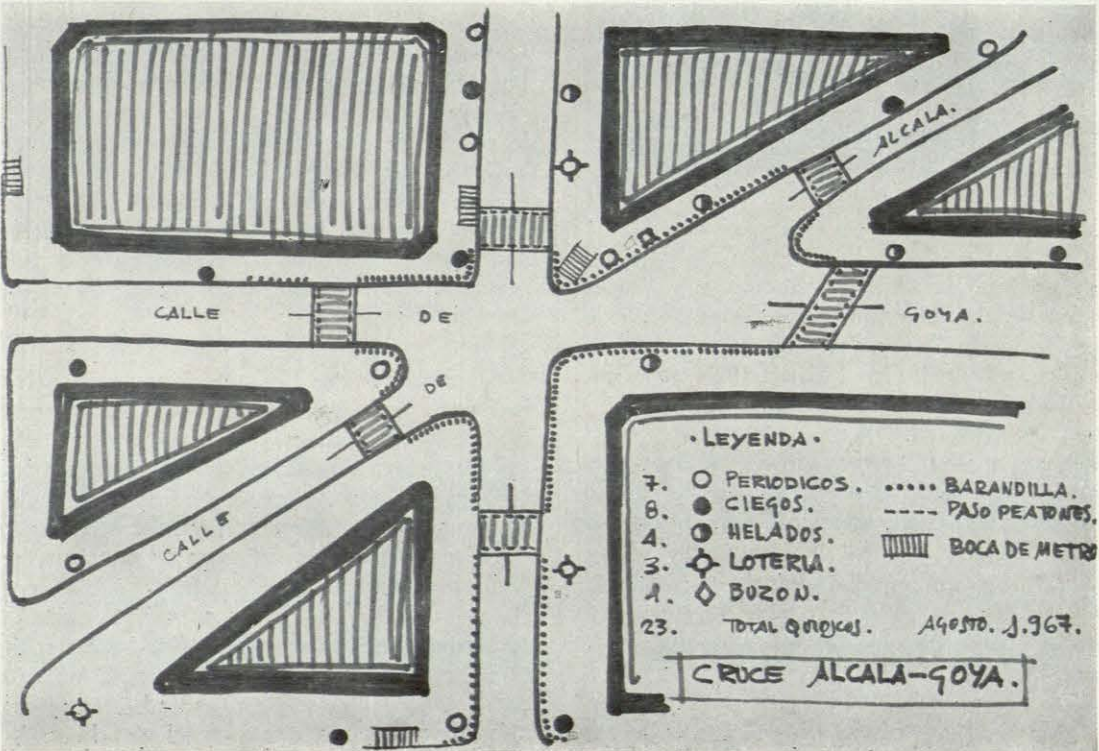
Siguiendo con los quioscos permanentes, encontramos después, en orden a su abundancia y en número muy cercano a los anteriores, a los "de ciegos". En ellos, además del cupón de "los iguales" y de caramelos de los fabricados por la O.N.C., también pueden adquirirse sellos de correos, tabaco y décimos de Lotería, por su precio y la voluntad. En este caso sí que aparece claro que el Ayuntamiento enajene parte de la vía pública para ayudar a las actividades laborales de los invidentes. No podemos decir lo mismo en otros casos en que se hace cesión de espacio vital para desarrollar actividades típicamente comerciales que pueden situarse en los bajos comerciales de los edificios, que para eso están, creemos nosotros, mientras no se nos demuestre lo contrario. A la venta de periódicos y bebidas podemos añadir los Estancos y Loterías, también muy abundantes en Madrid, y en menor número los de flores. Nos referimos a los situados en las aceras de las calles, que es donde entendemos no se justifican en ningún caso.

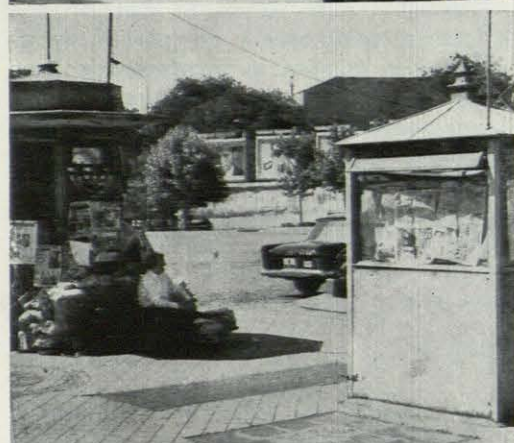
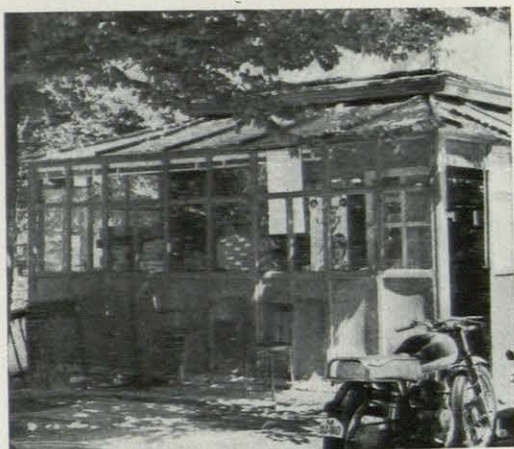
Concretamos con un ejemplo muy claro de la densidad en quioscos de un cruce de calles madrileñas, muy concurrido. Se trata del encuentro de las calles de Goya, Alcalá, Narváez y Torrijos (hoy Conde de Peñalver, como decía la canción publicitaria de una tienda de guantes que escuchábamos en el desaparecido Estadio Metropolitano). En el croquis que he levantado *in situ* puede apreciarse la situación y número de los quioscos. Hay cuatro de temporada dedica-

dos a la venta de helados, de los que luego hablaremos. Nos interesa aclarar, con relación a este gráfico, que el paso de peatones del principio de la calle del Conde de Peñalver está bien dibujado y no hay ningún error. En efecto, en más de la mitad de su anchura está interrumpido por la boca del Metro. Es una paradoja urbanístico-matritense de las que tanto abundan.

Los quioscos de temporada se dedican a la venta de helados y de bebidas refrescantes. Los primeros son de distintos tipos, según la marca del helado que venden. En realidad son quioscos de "un tipo de helado", lo que indudablemente ayuda a su proliferación. Para llamar la atención son de formas caprichosas y de colorido llamativo, por lo que es fácil comprender que desentonen en algunos ambientes urbanos. Los quioscos de bebidas, a los que antes se les llamaba "aguaduchos", son los recomendables para combatir la sed con el agua de limón y la horchata. El agua de cebada, antes tan típica y popular, ahora no se fabrica, sin que sepamos por qué. De todas maneras, si entre mis lectores hay alguno aficionado a la blanca bebida levantina, le recordaré que el lugar de beberla es en las estererías que la hacen todavía, manteniendo una tradición a punto de extinguirse. En la plaza de Bilbao, enfrente del estacionamiento subterráneo, puede hoy beberse la mejor de Madrid, comparable en calidad a la de Casa Adrián, de Valencia; en la Esterería Candela, ingenuamente acondicionada para el caso, y con versos en castellano y valenciano en las paredes.

Otro en cierto modo quiosco de temporada muy madrileño son los que se dedican





a la venta de sandías y melones y que se conocen con el nombre de "puestos". Procedentes de la vega de Villacañeros, en su misma provincia, Madrid presume de la excelente calidad de los productos de su huerta y los consume. "¡A cala y a prueba!" "¡Colorás, Colorás!", estos son los típicos pregones que aún se escuchan en las proximidades de estos quioscos de temporada, tan madrileños.

Como una muestra definitiva de la importancia del quiosco en nuestra villa, señalaremos la existencia del miniquiosco y del superquiosco.

Una de las características fundamentales,

creemos nosotros, de Madrid es su facilidad para atemperarse a las modas y usos de los distintos tiempos. Así, cambiamos la tasca por la cafetería; el juego del billar, por la natación en la piscina; la limonada, por la Coca-Cola; el cabaret, por el club; el cocido madrileño, por el plato combinado; la verbena de la Paloma, por la excursión a la Boca del Asno. Podríamos continuar, pero, hablando en neo-madrileño, ¡vale!... Ahora está muy de moda prefijar las palabras con el mini y el super. La minifalda y el supermercado; el minibasket y el supertorrefacto; el minigolf y la supermanzana; el miniquiosco y el superquiosco. Madrid en seguida se ha apropiado de ambos prefijos y los utiliza en su argot. El miniquiosco abunda en nuestras calles; los hay de planta circular o rectangular y son metálicos. Tienen una franja con los colores de la bandera nacional. Sirven, unos de ellos, para arrojar la correspondencia; los otros, como etapa intermedia entre la central de Correos y los casilleros postales obligatorios de nuestros portales, que, como todos sabemos —¡esto es muy importante!—, deben figurar señalados en los planos de nuestros proyectos si queremos obtener la oportuna licencia municipal sin necesidad de realizar comparecencia alguna. Particularmente encontramos que están muy bien. Normalmente limpios y bien pintados, situados en los lugares estratégicos. De todas maneras, los madrileños siguen usando con frecuencia los buzones del principio del paseo del Prado de la logia del edificio de don Antonio Palacios. Preferiríamos ver los clásicos leones, por cuyas fauces abiertas arrojábamos la correspondencia en nuestra niñez, y que recordamos como una de nuestras mayores diversiones, a estos otros con forma de tarjetón. Decíamos que se utilizan mucho y es bien cierto. Para comprobarlo, sólo hay que tener la suerte de ser detenido por el semáforo en el Prado, al entrar en Cibeles. Entonces veremos cruzar infinidad de peatones con la carta o tarjeta en la mano. Por la edad o el atuendo se adivina a veces el carácter de la misiva. Cartas de amor de los novios separados geográficamente; circulares comerciales que lleva un botones; ¿llevará esta señora enlutada la contestación a un pésame?; felicitación a un nieto de este abuelo, etc.

Si minis hay muchos, superquiosco sólo hay uno. Es el superquiosco de los Deportes, conocido generalmente por Palacio de los Deportes. A nosotros nos parece que le va mejor lo del super, y por este nombre lo venimos conociendo. Porque, recordando la definición, los quioscos se construyen "en azoteas y jardines", y éste, si bien es cierto que ocupándolo en su casi totalidad, está construido sobre un jardín. Lo de casi es oportuno, porque seguramente, como recuerdo, han quedado en las esquinas unos pequeños macizos con césped donde mal-

viven algunos chopos y a los que se arriaman los niños del barrio.

En efecto, el solar que resultó del derribo de la antigua Plaza de Toros, que estuvo aquí, estaba calificado como zona verde y era de propiedad municipal. Hacía mucha falta un parque en esta zona, muy congestionada, y parecía que, por fin, se iba a hacer. Pero se cruzó, desgraciadamente para la chavalería del barrio el Deporte—mejor diríamos el pseudodeporte—y no ha habido parque. Nuestro Ayuntamiento, dando un mal ejemplo, autorizó el cambio de Ordenanza. Fue verdaderamente lamentable el caso y ya no tiene arreglo; pero conviene recordarlo, porque conociendo las equivocaciones es como puede lograrse no volver a caer en ellas. ¡Qué edificio para estos usos podría haberse hecho en cualquier lugar abierto, que entonces parecía lejano y hoy tiene incluso Metro a la puerta! Pero, no; se hizo en esta zona cuya congestión, grande en aquellos tiempos, ha aumentado en gran manera hasta hoy.

Afortunadamente, para los que vayan a presenciar los espectáculos que en el superquiosco se den, ya está en construcción un hermoso aparcamiento subterráneo en sus proximidades, donde, previo pago de una módica tarifa, podrán dejar su automóvil cómodamente. Pronto, espero, se llegará al oportuno acuerdo con los vecinos Grandes Almacenes para simultanear sus aperturas. Entonces, mientras ellos ven, rodeados por anuncios publicitarios que casi impide reconocerlos, a los ciclistas que pedalean en los Seis Días, ellas comprarán lo que las apetezca al lado. Algunas cosas, es justo reconocerlo, para sus retoños, que si se quedaron sin parque, en cambio van a tener una camiseta de manga corta, de color butano—antes naranja—, con su cocodrilo y todo.

Fotos del autor.

